

Peruanicemos al Perú

EL PROCESO DE LA LITERATURA PERUANA XXI

Vallejo tiene en su poesía el pesimismo del indio. Su hesitación, su pregunta, su inquietud, se resuelven escépticamente en un "¡para qué!". En este pesimismo se encuentra siempre un fondo de piedad humana. No hay en él nada de satánico ni de morboso. Es el pesimismo de un alma que sufre y expía "la pena de los hombres" que diría Pierre Hamp. Carece este pesimismo de todo origen literario. No traduce una romántica desesperanza de adolescente turbado por la voz de Leopardi o de Schopenhauer. Resume la experiencia filosófica, condensa la actitud espiritual de una raza, de un pueblo. No se le busque parentesco ni afinidad con el nihilismo o el escepticismo intelectualista de Occidente. El pesimismo de Vallejo, como el pesimismo del indio, no es un concepto sino un sentimiento. Tiene una vaga trama de fatalismo oriental que lo aproxima, mas bien, al pesimismo cristiano y místico de los esclavos. Pero no se confunde nunca con esa neurastenia angustiada que conduce al suicidio a los lunáticos personajes de Andreiev y Arzibachev. Se podría decir que, así como no es un concepto, tampoco es una neurosis.

Este pesimismo se presenta lleno de turnura y variedad. Y es que no lo engendra un egocentrismo, un narcisismo, desencantados y exasperados, como en casi todos los casos del ciclo romántico. Vallejo siente todo el dolor humano. Su pena no es personal. Su alma "está triste hasta la muerte" de la tristeza de todos los hombres. Y de la tristeza de Dios. Porque para el poeta no solo existe la pena de los hombres. En estos versos nos habla de la pena de Dios:

"Siento a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos. Anochece.
Con él anohecemos, Orfandad . . .

Pero yo siento a Dios. Y hasta parece
que él me dicta no sé que buen color.
Como un hospitalario, es bueno y triste;
muñía un dulce desdén de enamorado:
debe dolerle mucho el corazón.

Oh, Dios mío, recién a ti me llevo,
hoy que amo tanto en esta tarde; hoy

que en la falsa balanza de unos senos,
miro y lloro una frágil Creación.

Y tú, cuál llorarás . . . tu, enamorado
de tanto enorme seno girador . . .
Yo te consagro Dios, porque amas tanto;
porque jamás sonries; porque siempre
debe dolerte mucho el corazón".

Otros versos de Vallejo niegan esta intuición de la divinidad. En "Los Dados Eternos" el poeta se dirige a Dios con amargura rencorosa. "Tú que estuviste siempre bien, no sientes nada de tu creación". Pero el verdadero sentimiento del poeta, hecho siempre de piedad y de comprensión, no es éste. Cuando su lirismo, exento de toda coerción racionalista, fluye libre y generosamente, se expresa en versos como estos, los primeros que hace ocho años me revelaron el genio de Vallejo:



"El suertero que grita "La de a mil"
contiene no se qué fondo de Dios.

Pasan todos los labios. El hastío
despunta en una arruga su yanó.
Pasa el suertero que atesora, acaso
nominal, como Dios,
entre panes tantálcos, humana
impotencia de amor.

Yo lo miro al andrajo. Y él pudiera
darnos el corazón;
pero la suerte aquella que en sus manos
aporta, pregonando en alta voz,
como un pájaro cruel irá a parar
adonde no lo sabe ni lo quiere
este bohémio dios.

Y digo en este viernes tibio que anda
a cuestras bajo el sol:
¡porqué se habrá vestido de suertero
la voluntad de Dios!"

"El poeta"—escribe Orrego—habla individualmente, pero piensa, siente y ama individualmente. Este gran lírico, este gran subjetivo, se comporta como un intérprete del universo, de la humanidad. Nada recuerda en su poesía la queja egolátrica y narcisista del romanticismo. El romanticismo del siglo XIX fué esencialmente individualista; el romanticismo del novecientos es, en cambio, espontánea y lógicamente, socialista, unánimista. Vallejo, desde este punto de vista no solo pertenece a su raza; pertenece también a su siglo, a su evo.

Es tanta su piedad humana que a veces se siente responsable de un parte del dolor de los hombres. Y entonces se acusa a si mismo. Lo asalta el temor, la congoja de estar también él, robando a los demás.

Todos mis huesos son ajenos;
yo talvez los robé!
Yo vine a darme lo que acaso estuvo
asignado para otro;
y pienso que si no hubiera nacido
otro pobre tomara este café!
Yo soy un mal ladrón... A donde iré!

Y en esta hora fría, en que la tierra
trasciende a polvo humano y es tan triste,
quisiera yo tocar todas las puertas,
y suplicar a no sé quién perdón,
y hacerle pedacitos de pan fresco
aquí, en el horno de mi corazón . . . !

LA RIQUEZA NACIONAL



Está en nuestros bosques;
Explotemos
esta fuente in-
agotable, ya
que contamos
con poderosos
elementos co-
mo son los
intrepidos

CAMIONES

GRAHAM ROWE & C°



OFICINA PRINCIPAL
LIMA

COMITE DE PARIS:
17, RUE SCRIBE

SUCURSALES:

PIURA
CHICLAYO
PACASMAYO
TRUJILLO
HUACHO
CALLAO
HUANCAYO
OASETE
CHINCHA ALTA
IOA
MOLLEND
AREQUIPA
CUZCO
PUNO

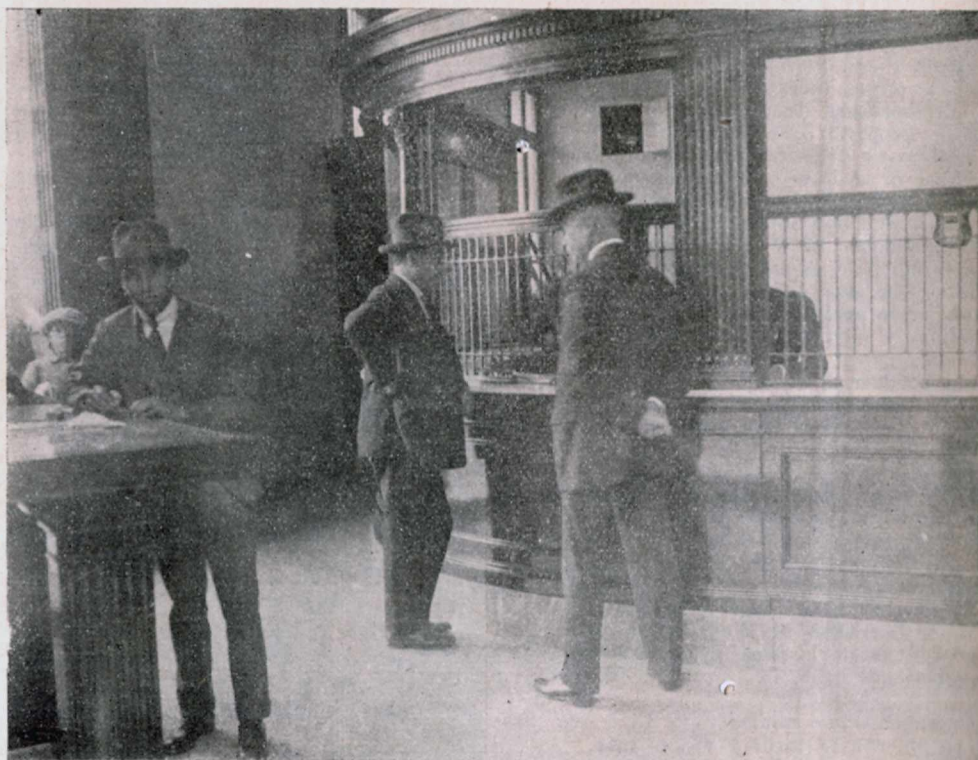
AGENCIAS:
PISCO

BARRANCO (LIMA)
CALLE TRUJILLO N.º 360 (LIMA)
AZANGARO .. 1054B ..

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA
LAO

Banco del Perú y Londres

SOCIEDAD ANONIMA



En su incesante deseo de servir al público en la forma más eficiente posible, el BANCO DEL PERU Y LONDRES, ha abierto una nueva Agencia—LA AGENCIA No. 3—en la esquina de la calle Boza y Plaza San Martín.

La poesía de "Los Heraldos Negros" es así siempre. El alma de Vallejo se da entera al sufrimiento de los pobres.

"Arriero, vas fabulosamente vidriado de sudor. La Hacienda Menocucho cobra mil sinsabores diarios por la vida".

Este arte señala el nacimiento de una nueva sensibilidad. Es un arte nuevo, un arte rebelde, que rompe con la tradición cortesana de una literatura de botones y lacayos. Este lenguaje es el de un poeta y un hombre. El gran poeta de "Los Heraldos Negros" y de "Trilce"—ese gran poeta que ha pasado ignorado y desconocido por las calles de Lima tan propicias y rendidas a los laureles de los juglares de feria—se presenta, en su arte, como un precursor del nuevo espíritu de la nueva consciencia.

Vallejo, en su poesía, es siempre un alma ávida de infinito, sedienta de verdad. La creación en él es, al mismo tiempo, inefablemente dolorosa y exultante. Este artista no aspira sino a expresarse pura e inocentemente. Se despoja, por eso, de todo ornamento retórico, se desviste de toda vanidad literaria. Llega a la más austera, a la más humilde, a la más orgullosa sencillez en la forma. Es un místico de la pobreza que se descalza para que sus pies conozcan desnudos la dureza y la crueldad de su camino. He aquí lo que escribe a Antenor Orrego después de haber publicado "Trilce": "El libro ha nacido en el mayor vacío. Soy responsable de él. Asumo toda la responsabilidad de su estética. Hoy, y más que nunca quizás, siento gravitar sobre mí, una hasta ahora desconocida obligación sacratísima, de hombre y de artista; ¡la de ser libre! Si no he de ser hoy libre, no lo seré jamás. Siento que gana el arco de mi frente su más imperativa fuerza de heroicidad. Me doy en la forma más libre que puedo y esta es mi mayor cosecha artística. ¡Dios sabe hasta donde es cierta y verdadera mi libertad! ¡Dios sabe cuánto he sufrido para que el ritmo no traspasara esa libertad y cayera en el libertinaje! ¡Dios sabe hasta qué bordes espeluznantes me he asomado, colmado de miedo, temeroso de que todo se vaya a morir a fondo para mi pobre ánima viva!" Este es inconfundiblemente, el acento de un verdadero creador, de un auténtico artista. La confesión de su sufrimiento es la mejor prueba de su grandeza.

José Carlos MARIATEGUI.

O. D. BLANCO

PARTICIPA A SU DISTINGUIDA
CLIENTELA EL ENSANCHE DE SU
ESTABLECIMIENTO DE SASTRERIA
CON LAS ULTIMAS NOVEDADES DE
LONDRES PARA LA ESTACION.

TELAS PARA SACOS DE SPORT, Y
PANTALONES DE GOLF Y BRIDE.

SU TIJERA ES AMPLIAMENTE CO-
NOCIDA EN LIMA Y EN EL EXTRAN-
JERO DONDE HA PERMANECIDO
DIECIOCHO AÑOS.

LIMA — VILLALTA 207
TELEFONO: 34-16.